

El tigre de Ixcán

El tigre de Ixcán

En la primavera de 1975, los diferentes grupos de guerrilla con que contábamos a la fecha se concentraron en la selva. Para entonces, la organización se había extendido por todo el ámbito de las montañas, en un territorio de más de dos mil kilómetros cuadrados. El destacamento original, según la imagen clásica de la colmena, se había reproducido, dando lugar a dos o tres núcleos dispersos en armas. Se trataba, sin embargo, de grupos de guerrilla sin verdadera cohesión ni experiencia de combate. Durante los veintiséis meses que había durado aquella fase de implantación, el destacamento había hecho únicamente un disparo contra el enemigo. A pesar de ello, el número de hombres que empuñaba las armas en ese momento se acercaba al medio centenar. A los núcleos locales afluía multitud de campesinos, trayendo consigo sus apremios de siglos. En gran medida, aquella desesperación era también el resultado de nuestros propios planteamientos. La presión popular por la acción era mucha, pero también el anuncio del combate inminente ocupaba en nuestra prédica un lugar enorme. Naturalmen-

te, el número de hombres dispuestos a combatir sobrepasaba con mucho la cantidad de armas disponibles, incluyendo las armas de cacería. Pero, al propagarse con rapidez, la organización había perdido en calidad. La presencia de la guerrilla era un secreto compartido por miles. Y tantos preparativos y ajetreos no habían pasado desapercibidos para el enemigo. De un momento a otro esperábamos la primera ofensiva contra el territorio guerrillero. Sin embargo, sabíamos que estábamos edificando sobre arena. No era posible seguir construyendo en la paz una organización pensada para la guerra. La falta de actividad militar se resentía a nivel nacional. La organización de la ciudad, a pesar de sus logros iniciales, no había logrado prosperar, y recorría una y otra vez los mismos caminos, incapaz de encontrar la ruta que conducía a las masas populares. En la costa sur el trabajo de implantación apenas se iniciaba, no obstante los múltiples intentos realizados por construir las estructuras clandestinas. La manera de salir de aquel laberinto de contradicciones fue lo que se discutió en todo el país durante el mes de marzo. De nuestros propios debates en la selva salió el primer plan de campaña para las montañas. Su propósito central, como debía hacerse en el resto del país donde contábamos con organización, era desatar la actividad militar en magnitudes limitadas, de tal manera que la reacción enemiga no fuera a resultar desproporcionada al grado de comprensión popular y a nuestra capacidad

local para defender la organización. El viento que desatáramos no debía ser tanto que dejara sin flor al árbol de la vida. Nuestra fuerza militar, por lo tanto, no debía actuar unificada, sino fragmentarse en tres partes, principiando por acciones de propaganda armada. Con esto la organización entraría en una nueva fase de desarrollo y mediríamos la capacidad de respuesta del adversario. La guerrilla, pues, se dividió en tres columnas, y a cada una se le asignó su zona de operaciones. Quienes partimos a operar en la sierra llevábamos como tarea inicial castigar a uno de los terratenientes más aborrecidos del país: Luis Arenas Barrera, mejor conocido como *el tigre de Ixcán*.

La selva de Ixcán es famosa por sus tigres manchados. Animales de extraordinaria belleza y grande ferocidad, a los tigres sólo se les ve ocasionalmente, aunque los campesinos de la zona resientan con frecuencia los efectos de sus correrías. Sobre todo a orillas de los grandes ríos, la huella de la fiera en la arena advierte de su presencia en las inmediaciones. Su fuerza y agilidad son legendarias. En Ixcán se cuentan multitud de historias que narran las proezas de que es capaz este habitante de la jungla. Siendo la carne del cerdo doméstico uno de sus alimentos favoritos, se dice que en cierta ocasión la gran fiera pintada se llevó, en peso, un macho adulto de dos quintales, saltando por sobre el alto posteo del corral. Gran cazador, el cuidado de sus movimientos alcanza la perfección. De la casa de otro compañero se

llevó varios perros, en incursiones sigilosas que sólo fueron notadas a la mañana siguiente. En diciembre comienza su época de celo. Al llamarlo en estos meses con tigrera, se le oye rugir inmediatamente en el horizonte, respondiendo a lo que toma por la voz de la hembra. Pocos minutos después, un estrépito de ramas quebradas indica que se halla en los alrededores. Parece que cuando acude al llamado del amor pierde el sentido de la vigilancia. A la valerosa mujer de un campesino le tocó enfrentar a solas al animal, en el interior de un recinto cerrado. Cierta noche sintió ruido en el rancho de palma donde encerraban a los puercos y, tomando una lámpara de mano, entró a foquear al interior de la construcción. Alertado por el ruido, el tigre subió de un salto al tabanco, un segundo antes de que la mujer entrara. En la oscuridad permaneció agazapado, pero lo denunció la luz de los ojos. Al reconocer el fulgor inconfundible de aquellas pupilas, la mujer salió inmediatamente, cerró la puerta tras de sí y fue por la escopeta del marido ausente. Seguidamente volvió sobre sus pasos, entró al recinto y de un cierto disparo dio muerte a la fiera. En la inmovilidad de la muerte, fuera de su ambiente natural, el cuerpo del tigre parece el disfraz abandonado de algún personaje maligno de la selva. Sus fauces, yertas, huelen a carroña. Por su crueldad y falta de entrañas, con este animal comparaban los campesinos guatemaltecos a aquel terrateniente que teníamos por misión castigar.

Luis Arenas tenía la finca que más frecuentaba en el boquerón del río Xaclbal, en la sierra, donde esta vertiente fluvial separa el macizo central de Los Cuchumatanes de las montañas boscosas del norte del Quiché. Su fama se había iniciado en los días de la intervención norteamericana de 1954, época en que adquirió sus tierras con el favor del gobierno de entonces. La finca San Luis Ixcán, de su propiedad, había sido hecha a la mala, utilizando el trabajo forzado de los indígenas de la tierra fría. Contingentes enteros de mozos eran enganchados con promesas y pretextos, y se les llevaba a desmontar una selva donde todavía no existían caminos. Muchos fueron llevados en helicópteros militares, y durante meses quedaron librados a su suerte en medio de la jungla. Algunos trataron de fugarse de las monterías, atravesando durante semanas, sin armas ni alimentos, la extensión de bosque virgen, pero la mayoría sucumbió en el intento. En su finca La Perla, la cantidad de mozos que desquitaban deudas hereditarias formaba buena parte de la fuerza de trabajo. Solía dar adelantos sobre las pequeñas cosechas de café de los indios, y luego se cobraba en especie, a precios de horca y cuchillo. A lomo de mula sacaba entonces los cargamentos del grano hasta las poblaciones grandes, en recuas que solían ir precedidas por esbirros a caballo, los que a punta de pistola y a golpe de látigo apartaban del camino a los transeúntes. El nombre de este señor feudal estaba vinculado a toda suerte de despojos y arbi-

trariedades. En alguna de sus fincas utilizaba cepos para castigar a los indios rebeldes.

La última semana de abril iniciamos la marcha hacia los dominios del terrateniente. Nuestro plan contemplaba acercarnos en secreto a su finca, de tal manera que nuestra presencia no lo pusiera sobre aviso y lo ahuyentáramos. De la ejecución feliz de esta operación dependía iniciar con buen paso la actividad militar de la organización en las montañas y prácticamente en todo el país. La mayoría de los integrantes de nuestra columna eran reclutas temporales, sin experiencia militar y con armas deficientes. Pensando hacerse de ambas iban a participar en las operaciones militares. Sin embargo, no tenían todavía una idea real de lo que aquéllas costaban. Las pequeñas pruebas de la marcha inicial pusieron de manifiesto la endeblez de sus convicciones y lo mucho que nos faltaba recorrer en el terreno de la formación política de los núcleos locales. A los tres días de marcha comenzaron a desmoralizarse. Nos hallábamos en mitad del verano y en la sierra no se encontraba agua. El día anterior, tratando de calmar la sed, muchos habían comido pacayas crudas que les habían estragado el estómago. Nuestro punto de destino estaba todavía a varios días de marcha, a través de serranías áridas y deshabitadas. La tarde en que se produjeron los primeros conatos de insubordinación decidimos salir a las aldeas, aprovisionarnos de agua y acortar la caminata avanzando de noche por los cami-

nos reales. Era la única forma de evitar la crisis sin desviarnos del objetivo. Nuestras esperanzas no tardaron en desvanecerse. En las aldeas tampoco había agua. El único pozo existente en los alrededores estaba a varias horas de distancia y era el sitio de recreo de los puercos. Esa noche, por el camino real, hubimos de hacer un trecho que por la montaña llevaba varios días. A media noche, exhaustos, obsesionados por la sed, debimos conformarnos con beber de un charco donde abrevaban las bestias. Al apartar la costra de limo quedaba un líquido espeso que muchos bebieron hasta reventar. En la madrugada, los veteranos cargábamos con las armas del resto. Estaban a punto de abandonarse al cansancio y se negaban a seguir. Nuestro límite de seguridad para andar por camino real eran las cinco de la mañana, hora en que comenzaban a trajinar los madrugadores. La luz del día nos sorprendió todavía en terreno despejado, a escasos minutos de los cachos de montaña. Debimos pasar el día a pocos pasos del camino, agazapados en un rastrojo enmontado, escuchando las conversaciones de la gente que pasaba. Al anochecer nos trasladamos al único manantial de la zona, monte adentro, donde instalamos durante varios días nuestro campamento.

Para el grupo de reclutas ahí terminó la guerra. Dos o tres días después encontraron diferentes pretextos para volver a sus aldeas. Como ninguno de ellos conocía los planes, los dejamos ir.

Nos separamos en buenos términos, teniendo en mente aquella ley de la selva relativa al ritmo de la guerra y las estaciones, aunque en ese momento su actitud no dejó de provocarnos profunda desilusión. Más tarde comprendimos que si ellos no tenían idea de lo que significaba aquel primer combate, a nosotros también nos faltaba mucho entonces para entender la guerra en su complejidad. Para que la miel sea posible, es necesario seleccionar el polen concienzudamente y construir con paciencia los laberintos de cera donde aquél reposará en espera de que llegue el gran tiempo de los saltos de calidad. Nosotros éramos como las abejas y la guerra como la miel pero el panal era la organización. Mientras tanto, en el campamento quedó un espléndido arsenal de rifles 22 y escopetas de tubo, armas que debieron esperar enterradas por mejores días. Nuestra flamante columna quedó reducida entonces a ocho indoblegables, aunque diezmos por el paludismo que habíamos acarreado de la tierra caliente. Por un error de última hora, las dosis de antimalárico se habían quedado en la mochila de alguien que ya no formó parte del grupo de la sierra. En esas circunstancias, las tareas de quienes quedaban sanos se multiplicaron extraordinariamente. Para llevar al campamento la única ampolla de quinina que fue posible encontrar en los mercados de la comarca, dos de los mejores caminantes ixiles recorrieron casi cien kilómetros en tres días de búsqueda. Después de un mes de tales peripecias, la

guerrilla de la sierra era un grupo de esqueletos que perseguía durante las horas de luz los pocos rayos de sol filtrados por el follaje. Por esos días se puso el agua y comenzó a tronar.

Los últimos días de mayo se nos fueron en explorar la zona y recabar la información necesaria para la operación de ajusticiamiento. Sabedor de sus atrocidades y de la existencia de guerrillas en la selva, Arenas se movía siempre con grandes precauciones. No tenía calendarios fijos ni rutas preestablecidas. A veces llegaba a su finca en avioneta y otras lo hacía en bestia, sin aviso previo y siguiendo cada vez rutas diferentes. Incluso su descripción física variaba según el temor y la imaginación de quienes lo conocían. El casco de La Perla, la finca donde vivía, era una fortaleza. Estaba situado en un promontorio escarpado, al cual era imposible llegar sin ser descubierto con antelación desde los edificios. Las faldas deforestadas de Los Cuchumatanes lo protegían por el occidente. Por medio de un aparato de radio se mantenía comunicado con el exterior. En vista de todo esto decidimos velarlo en el camino, vestidos de civil y utilizando armas cortas. Como únicamente teníamos tres pistolas, enviamos mensajeros a la base local más cercana, a dos días de camino, en busca del armamento apropiado. Varios días después, los correos regresaron con un arsenal memorable. Constaba de tres artefactos herrumbrosos y desvencijados, entre ellos uno que los indios viejos llamaban arcabuz, que no era el arma larga de

los conquistadores sino una especie de mosquete de chispa y martillos orlados.

Tampoco los croquis de que nos valimos para realizar aquella operación tendrán igual en los anales de la guerra. Quienes los trazaron recién habían aprendido a escribir, y sus dedos todavía no se habían habituado al oficio del lápiz. Semejantes a los antiguos mapas del descubrimiento, aquellas cartas geográficas contenían en su apretada complejidad todos los accidentes naturales y la descripción de sitios y costumbres, un sol cachetón en el rumbo del ocaso y una abigarrada rosa de los vientos. Además, podían leerse de cabeza o al revés, pues habían sido hechos con la misma perspectiva de los dibujos infantiles. Sin embargo, bastaron para trazar sobre ellos la ruta de acercamiento y las vías de retirada. Tras una emboscada fallida en el camino, decidimos sorprender al objetivo en su propia fortaleza. El 7 de junio era día de pago, hecho que facilitaba la aproximación hasta las oficinas, dada la concurrencia de mozos al cobro quincenal. En la administración, en efecto, la peonada se aglomeraba, esperando la paga. Frente a su administrador, mirada de ave rapaz y bigote de encomendero, el señor de la tierra hacía rimeros de fichas y desdoblaba billetes arrugados. Al conminarlo a levantar las manos y entregarse, por breves instantes fijó la mirada en quienes lo encañonaban, mientras con movimiento instintivo de la mano empuñaba la pistola. Sucesivos disparos le quitaron la vida, en el preciso instante

en que lograba oprimir el gatillo del revólver a la altura del vientre. Sin dar crédito aún a lo que había ocurrido, la peonada, inquieta, escuchó la explicación en lengua que inmediatamente comenzó a dar uno de los guerrilleros. Pero conforme la relación hacía memoria de desmanes e injusticias, de despojos y arbitrariedades, de entre la multitud comenzaron a alzarse voces que asentían, que interrumpían al orador y agregaban atropelladas razones por las que al entender de quien hablaba, aquel explotador de trabajo ajeno merecía tal castigo. Al llegar a los vivos, un clamor ancestral, salido de gargantas habituadas a callar y a gemir desde la llegada de los castellanos, coreó la voluntad proclamada a gritos de que vivieran los pobres y murieran los ricos. Del dinero desparramado sobre la mesa y el piso, la guerrilla no tocó un centavo. A partir de entonces comenzó a decirse en la comarca que los de la montaña no eran extranjeros, pues hablaban el dialecto de la zona; que tampoco eran ladrones, puesto que no habían tocado el dinero; y que seguramente habían venido a hacer justicia, toda vez que habían castigado ejemplarmente a quien se había hecho rico con el sudor y la sangre de los necesitados. Dos días de marimba en Ilom, la aldea vecina, fueron el mejor testimonio de la alegría popular por este acontecimiento. Cuando posteriormente visitábamos las aisladas viviendas de los indios, muchos de ellos, sobre todo los viejos, nos tomaban las manos y nos miraban largamente a los ojos, en señal de gratitud y reconocimiento.

La noticia de la muerte del *tigre de Ixcán*, a manos de guerrilleros indígenas, se propagó con rapidez, de boca en boca, por toda la extensión de las montañas. En aquel punto de la sierra habían sonado los primeros disparos de la guerra popular. A la mañana siguiente, el cielo tronaba de helicópteros y aviones militares. Durante los meses que siguieron, el ejército enemigo desencadenó la mayor operación antiguerrillera que había tenido lugar en el país hasta entonces. Desde viejos aviones C-47, centenares de soldados fueron lanzados en paracaídas sobre los parcelamientos de Ixcán, y columnas que penetraron por tierra desde diferentes bases militares ocuparon los puntos claves de la selva. Sólo estaban esperando el primer tiro para lanzarse sobre las montañas. En los poblados principales instalaron puestos fijos, y a partir de éstos las tropas adiestradas para la lucha en la jungla peinaban la montaña. Durante tres meses recorrieron caminos y registraron aldeas, capturando a todo aquel que pareciera sospechoso o que estaba registrado en sus listas de inteligencia. La totalidad del territorio guerrillero quedó bajo cerco estratégico. Después de la acción de La Perla, nuestra patrulla se retiró sin contratiempos a una zona distante. A partir de entonces se rompió la comunicación con las guerrillas del bajo. Los caminos hormigueaban de tropas, y sólo por algunas noticias radiales y por el remoto sonar de los helicópteros supimos lo que estaba ocurriendo en la selva.